

Por una conciencia histórica y genuinamente política para nuestros países

Entrevista con Rafael Gutiérrez Girardot

¿Cuál ha sido la evolución del debate en torno a la relación entre literatura y sociedad en los últimos años?



Ernst Junger, tomada de <http://vivirdebuenagana.blogspot.com>

Rafael Gutiérrez Girardot. En realidad, ni en los

últimos años ni en los anteriores ha habido debates, en el sentido riguroso del término, sobre la relación literatura-sociedad en Hispanoamérica. Ha habido sucesiones de modas y de presiones ideológicas, como la del leninismo múltiplemente subsidiario y camaleónico de un Alejandro Losada y de lo que su difusor peruano llama Grupo de Berlín. ¿Debates? No conozco una réplica de ningún leninista —al menos una réplica— al libro de José Luis Romero, *Latinoamérica: las ciudades y las ideas* (1976), excepto la “observación” de Losada en un proyecto de historia social de la literatura hispanoamericana de 1980, en el que decía que “hasta ahora” lo mejor que se había escrito sobre literatura y sociedad en Hispanoamérica era otro proyecto suyo anterior.

En la “Nota al título preliminar” del Código civil de la República de Chile (1856), Bello se refirió críticamente a las cantinelas de entonces (país naciente, teorías impracticables) y las llamó “bostezo de pereza”. El “bostezo de pereza” sigue, aunque con otros acentos: los

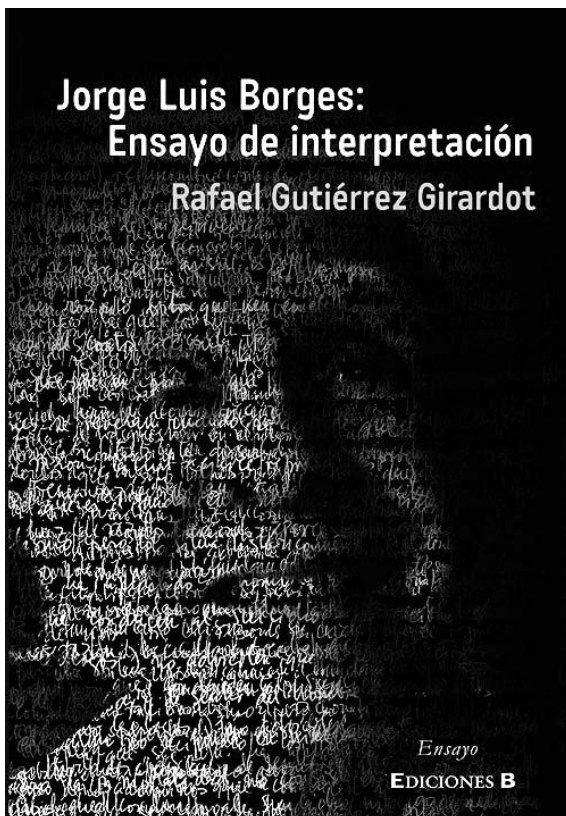
leninistas viven de tercera mano, los “habermasianos” igualmente; viven de traducciones, de catecismos que encubren con jactancias. En modo alguno pueden decir lo que apuntó la medievalista norteamericana Kathryn Hume en el prólogo a su libro *Fantasy and Mimesis* (1984): “Mi educación como medievalista me permitió leer los textos latinos, franceses, alemanes, escandinavos e ingleses en su original...” (p. xv). Son “prole”, feligreses y, consiguientemente, alérgicos al debate. Y como prole catequizada y catequizante —provincianamente arrogante— tienen que evitar estalinianamente el desafío que significa la obra de José Luis Romero.

Quienes plantean la necesidad de una crítica literaria o de una historia literaria emancipadoras, o que contribuyan a la emancipación hispanoamericana, deberían discutir desde su perspectiva ideológica esta obra (*La vida histórica*, 1968) que supone una larga y profunda reflexión teórica y un conocimiento de la historia política de Roma y del Renacimiento, de la historia social de la Edad Media y de la época de las revoluciones, de los orígenes del mundo burgués, y del pensamiento político argentino e hispanoamericano. Es decir, el marco de esa obra es teórico e histórico-universal. Y es una obra concebida con la conciencia de un hispanoamericano socialista y, consiguientemente, para Hispanoamérica.



José Luis Romero, fotografía extraída de Abad de Santillán Diego, *Historia argentina*, Buenos Aires, TEA, 1971

Desde el punto de vista del estado de la situación de una historia social de la literatura hispanoamericana, un punto cero. Pues si no ha habido debate o crítica fundada de esta obra fundamental, de esta obra que no obedece a un “ismo” sino que crea sus presupuestos teóricos —es decir, que en el mundo de lengua española hace lo que realizó Droysen en el siglo pasado, (teoría e investigación histórica concreta)—, qué debate puede haber que sustituya la sucesión de “ismos”, su aplicación con base en obras conocidas sólo de tercera mano o de



cuarta, y que por eso no admite la recepción crítica (eso es una tautología).

A las “nuevas aproximaciones” sólo debería incorporarse ante todo y como presupuesto para que cumplan el nombre de “aproximaciones” una crítica de los que las han inspirado. Una crítica que, por ejemplo, tenga en cuenta los estrechos condicionamientos políticos de la obra de Jürgen Habermas o los más estrechos de la obra de Lukács; es decir, que considere la evolución de sus conceptos, no como una evolución inmanente, sino como una evolución que responde a problemas y compromisos políticos —en el más amplio sentido de la palabra— particulares de la situación alemana, muy específica desde el periodo inicial de la

Restauración bajo Adenauer, en el caso de Habermas, o de los avatares personales de Lukács bajo el estalinismo.

Esa crítica —presupuesto elemental de toda auténtica recepción— permite, incluso obliga, a asimilar, ya en un nivel teórico esas inspiraciones y desarrollar en ese diálogo los conceptos propios que suscitan esos “ismos”. Lo mismo cabe decir de los formalismos. Ellos surgieron en un momento preciso de la historia de la posguerra europea, en el de los conflictos de la historia inmediatamente pasada; es decir, el pasado negro no asumido indujo a la negación de la historia. Es sorprendente que quienes invocan a Marx indiferenciadamente —o más bien la rudimentaria interpretación de Marx por Lenin— no apliquen la teoría de la base-superestructura a sus propias elecciones ideológicas.

¿Es posible una historia literaria desde una perspectiva social en Hispanoamérica?

Con la respuesta anterior está dada, en parte, la respuesta a esta pregunta. Las condiciones de posibilidad de una historia literaria desde una perspectiva social son absolutamente incómodas. La historiografía literaria hispanoamericana o, más precisamente, los historiadores, son en su gran mayoría filólogos; es decir, han trasladado a la historiografía la

manera de adelantar de los filólogos: en la filología, una teoría o, más exactamente, una explicación de un fenómeno (el andalucismo en América, una etimología, una fonética, etc.) es sustituida por otra explicación fundada con más material. Pero el elemento teórico es, en tal filología, considerablemente reducido. Es curioso, sin embargo, que precisamente los marxistas hispanoamericanos no hayan percibido la radicalidad con la que Marx criticó la filosofía dominante de su tiempo y que, además de ocuparse críticamente con sus inspiradores, no hayan hecho una crítica a la filología estrecha al uso en el mundo de lengua española. Pues a la filología, como tronco de la historia y de las ciencias literarias, cabe hacer la pregunta que se deduce de esta afirmación de Heidegger: “El ‘movimiento’ propiamente tal de las ciencias ocurre en la revisión más o menos radical, y transparente a ella misma, de los conceptos fundamentales. El nivel de una ciencia se determina por la medida en que es capaz de una crisis de sus conceptos fundamentales. En tales crisis inmanentes de las ciencias se tambalea la relación del preguntar positivamente investigativo con las cosas que se inquieren. Por doquier se han despertado hoy tendencias en las diversas disciplinas de colocar la investigación sobre nuevos fundamentos” (Sein und Zeit, § 3, 1927). ¿Han sido los conceptos fundamentales de la filología y de sus descendientes capaces de una crisis? ¿Ha

habido en ellas un movimiento tal? La sucesión de “ismos” o de explicaciones indica más bien que ni siquiera son conscientes de sus conceptos fundamentales. Y ya que no se presenta esa crisis, es preciso, al menos, ponerla en marcha. Y esto corresponde a la historia social de la literatura, al estudio histórico de las relaciones entre literatura y sociedad.

Uno de los primeros pasos en ese desafío de la historia social de la literatura a la praxis filológica sería el de contraponer a la atomización microtemática un postulado totalizador: el de darles a los disiecta membra un contexto. Los presupuestos de ese modelo totalizador serían la determinación de los conceptos fundamentales de ese modelo; es decir, la fundamentación teórica y política de la necesidad de totalizar. Los riesgos son los que corren todas las ciencias, inherentes a ellas, y sin los cuales no hay movimiento en ellas mismas.

¿Cómo sería ese acercamiento crítico a la historia literaria?

Toda historia, no sólo la literaria, es inevitablemente una “construcción hecha desde el presente” y para el presente. Pero ello no implica una contradicción entre el propósito presente y el objeto pasado. Una objetividad en el tratamiento del pasado no sólo es

humanamente imposible, sino anti-histórica: el pasado no está muerto, en la medida en que gracias al historiador se integra en el presente.

Las historias literarias latinoamericanas (historias de la literatura hondureña, de la guatemalteca, de la colombiana; historias de la literatura de tal o tal provincia o ciudad. No doy ejemplos concretos, porque hay motivos mucho mejores para soltar la carcajada) son el producto de los nacionalismos y del pésimo ejemplo que siguieron muchas de ellas (esto es, Marcelino Menéndez Pelayo). Pero este tema ya nada tiene que ver con la cuestión de la relación entre literatura y sociedad, sino que sería, más bien, asunto de una historia de la historiografía literaria latinoamericana que indudablemente abundaría, entre otras cosas más, en desear que por fin ocurra el movimiento, que se corrobore —si fuese necesario— la necesidad de la crisis y, sobre todo, que se descubran los conceptos fundamentales de esa tradición.

Los intentos recientes de historia literaria en Latinoamérica han sido suscitados, en su mayoría, por diversos ecos del leninismo.

Las posibles preguntas que originarían el objeto de estudio de una historia totalizadora de la literatura latinoamericana son, para mí, de dos clases. La primera no es propiamente una pregunta, sino un claro postulado político, radicalmente latinoamericano en el sentido que

a esa actitud dio Sarmiento en la “Introducción” a Facundo con estas dos frases: “... de ahí partió el gran Bolívar; de aquel barro (Colombia) hizo su glorioso edificio” y : “Bolívar es, todavía, un cuento forjado sobre datos ciertos: Bolívar, el verdadero Bolívar, no lo conoce aún el mundo, y es muy probable que, cuando lo traduzcan a su idioma natal, aparezca más sorprendente y más grande aún”. “Cuento forjado sobre datos ciertos”, (nuestro barro). Su “glorioso edificio” “no lo conoce aún el mundo”: la unidad de nuestra América, que él proyectó y de la que depende que “cuando lo traduzcan a su idioma natal”, “aparezca más sorprendente y más grande aún”. En palabras simples, mi posición política es bolivariana. Y desde ella o, si se quiere, determinado por su carácter totalizador, considero lo que en este momento precisamente debe hacer una historia social de la literatura latinoamericana: recuperar la unidad perdida, dar conciencia histórica y genuinamente política a nuestros países.

Este postulado político condiciona el segundo tipo de preguntas, esto es, el de las que conciernen a la ciencia. Y éstas serían, entre otras, por ejemplo, y formuladas de modo programático las siguientes: ¿cómo ha de revisarse y recuperarse el pasado? ¿Qué criterios han de formarse para el modelo totalizador? ¿Cómo ha de periodizarse esa historia que naturalmente ya no debe guiarse por clasificaciones estéticas sino que debe

abarcar los fenómenos de la llamada *longue durée*? ¿Cómo ha de precisarse el alcance del concepto de historia social? ¿Cómo ensamblar las diversas ciencias y métodos que deben confluir en la historia social? Estas y otras preguntas caben en una exigencia: la sistematización del concepto y consiguientemente de los métodos de la historia social de la literatura. Esta sistematización implica una revisión y ampliación del actual concepto de literatura.

¿Existe alguna historia que se acerque a este nivel de exigencia?

Existen dos modelos iniciales: Las corrientes literarias en la América Hispánica de Pedro Henríquez Ureña y la obra arriba citada de José Luis Romero, *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*. Es evidente que una ciencia en plena formación como la historia social de la literatura necesita conocer modelos no basados “en condiciones análogas a las americanas”, pues de ese conocimiento, elemental para toda ciencia, surgen suscitaciones, incitaciones a plantear nuevos problemas, a abrir nuevos campos. Pero seguir un modelo o aplicarlo, sólo por el prestigio europeo de que goza, o por moda, es simplemente estéril.

Rafael Gutiérrez Girardot (Sogamoso, Colombia, 1928 – Bonn, Alemania, 2005) es considerado uno de los intelectuales colombianos de mayor influencia y reconocimiento en América Latina. Alumno de Heidegger, Xavier de Zubiri y Hugo Friedrich, se desempeñó como profesor emérito en la Universidad de Bonn hasta su muerte. Fue traductor de Friedrich Nietzsche, Martin Heidegger, Ernst Jünger, Walter Benjamin y Gottfried Benn, entre otros. Es autor, entre múltiples obras, de: *Jorge Luis Borges: ensayo de interpretación*, *César Vallejo y la muerte de Dios*, *Cuestiones*, *El fin de la filosofía* y otros ensayos, *Horas de estudio*, *Aproximaciones*, *Temas y problemas de una historia social de la literatura hispanoamericana*, *Provocaciones*, *Nietzsche y la filología clásica*, *Jorge Luis Borges. El gusto de ser modesto y Heterodoxias*. Esta entrevista fue extraída del archivo personal del profesor Gutiérrez Girardot, actualmente bajo custodia de la Universidad Nacional de Colombia. Se desconoce la identidad del entrevistador.